EDUCACIÓN SEXUAL

POR HILDEGART

PRIMERA EDICIÓN

BIBLIOTECA NACIONAL

Precio: **75** céntimos.

e-2479-16

Madrid
Gráfica Socialista
San Bernardo, 92
1931

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

EDUCACIÓN SEXUAL

C 2479-16

POR

HILDEGART

PRIMERA EDICIÓN

MADRID
GRÁFICA SOCIALISTA
San Bernardo, 92
—
1931

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

DEDICATORIA

Cada vez más firme en mí la conciencia del verdadero socialismo proletario, obrerista si se quiere, dedico esta obra a esos proletarios, a esos socialistas que me comprenden y a los que yo deseo llegar a comprender, como prueba de mi deseo sincero, leal, de servir siempre su causa noblemente, con honradez y con cariño, enseñándoles lo que por azares de la fortuna tuve la posibilidad de adquirir.

El mejor medio de remediar las injusticias perpetradas con los desposeídos por la fatalidad — creación de los que, comprendiendo su error, querían disculparse atribuyéndolo a designios más elevados — es socializar la cultura y la capacidad adquiridas.

Que las inteligencias de los que por el Destino hemos sido elegidos para recibir directamente los dones de la ilustración sin ulteriores preocupaciones, sirvan de vehículo transmisor a los cientos de mentes populares, ansiosas de saber y de admirar.

La autora.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

FACTORES QUE INTERVIENEN EN LA EDUCACIÓN SEXUAL

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

FACTORES QUE INTERVIENEN EN LA EDUCACIÓN SEXUAL

INTRODUCCIÓN

> Hay que juzgar a una civilización por la estatura y fortaleza de los individuos que engendra.
>
> KEISERLING.

Cuando publiqué mi primera obra, *El problema eugénico*, hice de ella una tirada relativamente corta (1.000 ejemplares), ante el temor de que no tuviese la buena acogida que yo ansiaba. El pueblo respondió con tanto cariño y cordialidad, para mí inolvidables, que me decidió a publicar, en mayor número de ejemplares, la segunda parte de ella, titulada *La limitación de la prole*.

Pero la amplitud de los temas consignados en estos dos libritos; la necesidad de completarlos, procurando a mis lectores, especialmente a la clase trabajadora, los máximos conocimientos sobre esta materia tan esencial, moviéronme a pensar en hacer una colección de folletos. No he querido hacer un libro en grande, que, forzosamente, por su extensión y el esfuerzo requerido, habría de ser mucho más caro, y, por consiguiente, inasequible para los trabajadores, a quienes dedico mis primeros escritos, imponiéndome una labor de sincera divulgación.

© Biblioteca Nacional de España

Así, en forma coleccionable, uno a uno, el obrero podrá ir adquiriendo estos folletos, estar al tanto de los problemas que en ellos se estudian, preocupación hoy de todas las naciones civilizadas, y que en España, siempre retrasada en el movimiento mundial, apenas si tuvieron un principio de resonancia en un curso abortado por orden dictatorial y en una escasa serie de obras, demasiado caras y, por consiguiente, fuera del alcance de los obreros.

Dos buenos propagandistas, Marañón y Jiménez de Asúa; un *pioneer* (explorador), Madrazo, seguidos de otros, como Vital Aza, Torrubiano, Noguera, Barcia, Goyanes, Recaséns y alguno más, muy pocos en España, han procurado divulgar estas doctrinas, con algunas aportaciones recientes de hombres como Saldaña o Díez Fernández, pero tan sólo para la clase media e intelectual, analizando estos aspectos, aunque concretados también en un libro reducido, por las exigencias de las editoriales, lo que no consentía, aparte su precio, que llegase a la mente de los trabajadores el cúmulo de inquietudes y sugerencias que ofrecen los varios aspectos del tema eugénico.

La colección en que yo he pensado llevará por lema *Audi*, término latino y compendioso que quiere decir simplemente: ¡*Oye, escucha*!... Y eso es lo único que yo he pretendido en mis trabajos: que, aparte la persona, oculta por esta vez en la sana intención de dirigir y orientar, oyerais y escucharais el llamamiento de la Eugenesia, voz hace años escuchada también con incredulidad en otros países, y que hoy es un grito sublime, acogido con respeto, porque por encima de las naciones y de las fronteras pide la mejora de la raza, la mejora del hombre.

Yo deseo que los trabajadores españoles sean quienes, preparándose para el estudio de estas cuestiones, se pongan al nivel de sus compañeros de otros países, porque ellos, particularmente en España, representan la primera clase social, ya que forman la única disponible y útil.

Hoy, en que las castas sociales anteriores — aristocracia y burguesía —, en su significado etimológico y puro, están ya gastadas; en que la intelectualidad tiene que acudir o

© Biblioteca Nacional de España

aproximarse a nuestro campo para no marchitarse en instituciones ya caducas y corroídas por el influjo de los años, debemos dar nosotros una sensación cada vez más grande de cultura, de capacidad y de conciencia, la sensación de que sabemos, aparte la disciplina adquirida, probar nuestra inteligencia y nuestra superioridad moral.

Los problemas eugénicos son vitales para la clase trabajadora, y más en la actualidad, en que está llamada, aquí y en todas partes, a desempeñar un papel primordial.

Todos los aspectos de la Eugenesia pueden tratarse siempre dentro de un plano moral y jurídico, esto es, dentro de aquellos que son de inmediata proyección sobre nuestra existencia. El moral, que habrá de sustituir a la burguesa, vieja y caduca, y el derecho, nuevo derecho del futuro, derecho humanitario, pero ante todo respetuoso con las aspiraciones legítimas y fundadas de la clase trabajadora.

Nuestra misión es la de ser, con toda sinceridad, educadores de esta clase, con todo empeño, porque un pueblo educado y culto es también un pueblo revolucionario y, por tanto, libre.

Nos hace falta mucha cultura sobre aquellos puntos que tengan para nosotros interés primordial. La Eugenesia es uno de ellos. Con sus múltiples aspectos, constituye hoy un llamamiento para los trabajadores del mundo, que son los padres de los proletarios del mañana, los forjadores de las máquinas, del trabajo y de la comodidad.

A ellos, pues, van dirigidos esos ruegos universales, de los que yo prentendo ser aquí un humilde portavoz.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

GENERALIDADES

La labor de la Eugenesia, labor de resultados positivos, de problemas constantes, tiene que tener a su vez una proyección en la educación, esto es, en aquella posibilidad que se concede de transformar la sociedad, no radicalmente, que en cuestiones técnicas es imposible, sino por la infiltración lenta, pero segura, en las conciencias. Y claro es que, aunque la educación tiene dos finalidades y dos modos de ser comprendida: uno directo, del educador al educando, y otro indirecto, del educador, en sentido genérico y amplísimo, a aquel que ha de educar, nosotros, al tratar aquí de educación sexual, queremos sólo hablar de la educación que los padres, convencidos de la propiedad de las doctrinas eugenésicas, deben dar a sus hijos, cuidando ante todo de investigar en su naturaleza para comprender sus vicios, para analizar sus cualidades, y aprovechando unos y otras, si bien parezca paradoja, encauzar el organismo por el campo normal de evolución.

Educación de los padres

Lo indispensable en nosotros es educar a los padres, educar a los hombres y a las mujeres, para que comprendan la necesidad de abordar valientemente estos problemas con sus hijos.

Lo esencial también es señalarles cómo habrán de plantearlos respecto a éstos.

Vamos a dar ya por hecho la posesión de un cierto número de convencidos que hayan visto en nuestros escritos la concreción de lo que en un tiempo comprendían ellos in-

© Biblioteca Nacional de España

directamente. Demos por hecho también que en muchos espíritus hayamos sembrado una inquietud y una duda. Duda, por si hasta aquí no han hecho bien siguiendo el camino opuesto; inquietud, por si algún día lo hecho pudiera servir de perjuicio para ellos mismos y para la colectividad.

Pero para evitar que los que lo hayan comprendido o hayan dudado, y que, por consiguiente, ya están en camino de comprender, tengan que lamentar ahora lo tarde que a ellos han llegado estas enseñanzas, es indispensable — y habrá de serles forzosamente grato — ver que todas estas actividades que han perdido o que no han comprendido pueden tener una fórmula, un módulo de aplicación en los hijos.

Puesto que es tarde para la reforma propia, y en la conciencia del hombre, ya hecho, es más difícil operar una transformación, no debemos dudar en marcar una nueva orientación a las vidas de nuestros hijos.

Sus conciencias son las más aptas, por ser maleables como la cera, para que en ellos queden bien grabadas estas fundamentales doctrinas; pero precisamente por lo importante del hecho que hemos de realizar es menester también meditar mucho los conceptos que proyectemos sobre la mente del niño.

Es indispensable asimismo que no dudemos demasiado. La duda es útil porque es germen de una inquietud; es como un gusanillo, que, royendo el espíritu, va destrozando también la convicción antes mantenida; pero es útil, entiéndase bien, cuando tiene un resultado positivo y rápido. Nosotros pertenecemos a la generación presente, a la generación que en todo avanza, en que la Ciencia se pone al servicio del Progreso y en que la inteligencia del hombre alcanza cimas hasta ahora insospechadas. Pero tenemos que pensar en que si bien ahora la Eugenesia, en todos sus aspectos: maltusianismo, organización familiar, libertad de amar, conciencia de la paternidad, no es más que un banderín de alistamiento, en un futuro, cuando esos niños advengan a la lucha, será una realidad nueva que habrá cambiado la moral, esa moral sosa y francamente terrible de nuestros días, y que al conjuro de la nueva libertad, que no es libertinaje,

© Biblioteca Nacional de España

sino libre albedrío de acuerdo con la moral personal de cada uno y con la tolerancia absoluta de la sociedad, no podrán ser ya meros simpatizantes con la teoría, sino que tendrán el imperioso deber de llevarla a la práctica y de convertir en realidades lo que hasta entonces habían sido remotas aspiraciones.

Hace falta, pues, una educación sexual, educación del sexo del niño en este sentido morfológico y psicológico, para que los hijos puedan aspirar a ser, sin remordimientos ni trabas, ciudadanos más perfectos de la nueva Humanidad.

El "geno-tipo"

El *geno-tipo*, tipo de perfección humana creado por la Eugenesia, debe ser el ideal, la meta en la ambición sexual y fisiológica de nuestros hijos. Debemos tener en cuenta que hoy la Eugenesia no persigue solamente la mejora física; es indispensable a su vez la mejora moral e intelectual.

Los pueblos griegos, tan admiradores de la Eugenesia y de la Euritmia, o belleza de las formas, no toleraban en el seno de su sociedad ningún sér que naciera deforme o raquítico; le eliminaban de ella, desarrollaban en los *gymnasios* su cuerpo, y en los *lyceos* (academias), su inteligencia. La plaza pública — el *forum* romano, más tarde — era el lugar donde se congregaban para escuchar la palabra de los mejores filósofos, pensadores y maestros. En todas partes había una reunión y una enseñanza; en cada calle existía un *gymnasio*.

Así pudo ser la raza griega la madre de la ciencia, del arte y de la civilización.

Roma, que la siguió, y a quien Grecia legó sus aspiraciones, pero que no las llevó a la práctica, pudo ser, sí, la dueña del mundo; pero una dueña vencida, que tuvo que ir dejándose arrebatar una a una sus posiciones, por la miseria física de sus soldados y por la miseria física y moral de sus emperadores, despótas como Nerón o idiotas como Claudio.

Hay que imitar a Grecia; para ello hacen falta centros

© Biblioteca Nacional de España

de enseñanza, institutos, academias, folletos de educación sexual y de educación social.

La educación

No se trata de analizar aquí la educación como ciencia normativa técnica, o disciplina científica, sino como un factor de evolución de carácter exógeno que interviene en la vida individual o colectiva.

La tradición asegura la conservación de las actividades estableciendo una trayectoria entre lo pasado y lo presente. La educación parte de la unión de los dos, poniéndolos en contacto como reóforos o polos, de los que depende la vida de una conciencia, y marchando desde esa conjunción hacia el porvenir.

La Psicología normal explica las condiciones de los elementos del hábito, de la atención, de la creación de productos psíquicos, proporcionando las leyes explicativas de la actividad psíquica, que son la base, en el campo de la experiencia psicológica, de las normas de valoración sobre las cuales descansa toda evolución educativa.

Por la educación, el hombre pierde en lo posible las condiciones de animalidad en él existentes y se hace más hombre, susceptible de adquirir y perder hábitos por más tiempo y en mayor escala.

La educación, si es justa y bien dirigida, nos hace adaptar el medio, renovarlo o modificarlo; pero hace también que cooperemos a la pésima influencia que pueda desarrollar el medio sobre aquellos individuos predispuestos por tradición para una degeneración moral.

Utilidad de la educación

La educación puede ser útil o perjudicial. Es factor externo que puede influir o no si existe predisposición en favor o en contra. Siempre los factores endógenos, o procedentes del interior, son superiores a los exógenos.

Y si apreciamos así, en términos generales, la utilidad

© Biblioteca Nacional de España

de la educación, no tomada tan sólo como mera ciencia pedagógica, sino como verdadera e indispensable formadora del espíritu infantil, ¿cómo no admitirla con más motivo cuando en la educación sexual interviene en dos aspectos trascendentales para la vida del individuo por venir, cual son la educación fisiológica, material que pudiéramos llamar, del sexo y la educación, en cierto punto moral, del instinto que dirigirá todos los actos del hombre?

Aunque hoy nos parezca a primera vista aventurado exponer estos hechos, es lo cierto que un hombre satisfecho sexual, sereno sexual, llega a muchas mejores creaciones en la actividad a que se dedique, y es mejor ciudadano y mejor hombre, porque aquel polo de su sér, debidamente orientado, no le obligará a dirigir sus proyectados actos hacia esa zona y permitirá su libre expansión en la opuesta, cerebral o intelectiva.

Dividido el hombre entre estos dos polos, hacia los que la atracción es poderosísima, y siendo animal por encima de todo, por sus instintos, por su origen y por su propia formación, lo justo y lo adecuado es cuidarse desde el primer momento de proporcionar a aquella actividad suya, en parte animal, la adecuada satisfacción, aislándola de todo otro futuro llamamiento imperioso, que sólo perjudicaría la labor que se intentara desarrollar.

Desgraciadamente, los padres se preocupan, desde la más tierna infancia, de la educación intelectual de los hijos, y es para aquéllos un hondo problema el pensar en la carencia de escuelas o de medios para sostenerlas. Pero dejan, por el contrario, que esta otra educación sexual, de tanta trascendencia para que la puramente cerebral pueda dar su fruto, se haga sola. Y ya sabemos todos muy bien cómo y de qué forma tan perniciosa se verifica ésta para el propio criterio y para la misma conciencia infantil.

Es útil, pues, la educación sexual y provechoso asimismo analizar este aspecto genérico de la educación, comprendiendo en ella, con carácter primordial, esencial y típico, éste de la educación del sexo y del instinto.

© Biblioteca Nacional de España

El sexo

Los estados del estudio comparado de los niños y las niñas nos conducen a la afirmación de la existencia de dos tipos psíquicos distintos, según los sexos. La joven, dentro de las mismas funciones psíquicas específicas, tienen rasgos genéricos que nada prejuzgan sobre inferioridad o superioridad, sino por contraste y antagonismo con los del joven.

Los estudios de Heymans, Gaudig y Wreschner dan para la mujer un criterio de síntesis inexplicable por el hábito y la educación. En la mujer predominan intereses éticos y estéticos y la vida afectiva. En la educación, la mujer suele ser más receptiva y pasiva, y el hombre, más activo y crítico. La idea de orden, el espíritu de detalle, predominan, en la generalidad de los casos, en la mujer. Las de grandeza del conjunto, en el hombre. La diferencia de tipos e inteligencias se acentúa con la edad en los casos normales, pero especialmente en los anormales, donde puede haber transmutación de caracteres psíquicos del macho a la hembra, al igual que puede crearse el estado intersexual para la Medicina, o donde se acentúan las manifestaciones hondas de la sexualidad definitiva; dando lugar a la «tipicidad» hasta en los delitos como el de envenenamiento y otros similares de astucia y complicidad, cualidades netamente femeninas.

El sexo en la mujer

Veamos las frases de Fouillée en su obra *Tempérament et charactère:*

«El elemento femenino representa en la historia de los grupos animales el principio de la unidad; el masculino, el de la multiplicidad. Uno de éstos es la tradición específica; el otro, la innovación personal. Los dos son al mismo tiempo necesarios. No tendríamos progreso posible sin la existencia de las fuerzas de conservación y renovación.

© Biblioteca Nacional de España

El sexo de la mujer se señala fisiológicamente por ser un temperamento de reservas y de tendencias nutritivas, por el predominio de las funciones de la existencia vegetativa y visceral y por el mayor desenvolvimiento del sistema ganglionar que del encéfalo y mesencéfalo. El valor biológico de los dos sexos en la forma filogenética es exactamente el mismo.»

Recuerda Concepción Arenal la tesis de Garraud, que, aun sustentando esta misma teoría, afirmaba después que lo esencial en los órganos no es su tamaño y sí su irritabilidad, y que ésta era sin duda mayor en la mujer, y, por consiguiente, le hacía más susceptible y más perfecta.

Factores de la dinámica sexual

Con el tema «Factores gonadales y extragonadales en la dinámica sexual» dió una conferencia en la Facultad de Medicina el Dr. Lipschütz, sabio profesor de Fisiología de la Universidad de Concepción (Chile). No nos hace falta hacer resaltar la importancia indiscutible que tienen estos temas en la clínica, temas que por primera vez, y con extraordinaria percepción, ha comprendido nuestro gran Marañón al estudiar la clínica de la sexualidad.

Los trastornos del sexo femenino que obedecen a la gonada misma, aunque en ésta no tenga alteración patológica alguna el infantilismo femenino o persistencia de los ovarios en el estado anterior a la pubertad, prueban un hecho esencial, para nosotros el más importante: que estos trastornos obedecen a factores externos.

La existencia de las substancias extraováricas producidas por la hipófisis, según se ha probado en los experimentos de Kallas, en el Instituto de Fisiología de la Concepción, prueba a su vez que el injerto de los ovarios en hembras y machos castrados no determina el mismo grado de desarrollo en las glándulas de secreción mamaria. Hay que admitir, por tanto, la existencia de otra secreción común aparte de la

© Biblioteca Nacional de España

hipofisaria que el maestro Lipschütz llama «substancia de origen desconocido», pero de una acción potentísima sobre el sexo.

El reconocimiento futuro de todos los caracteres puros y típicos sexuales para apreciar cuáles son indispensables y cuáles son útiles, aunque superfluos, con el fin de ajustar cada tipo humano al esquema trazado, se habrá de ver enriquecido en lo venidero con esta nueva y extraordinaria aportación de la ciencia del Dr. Lipschütz al problema de la sexualidad, de tan honda trascendencia para los cada vez más complejos problemas eugénicos.

La herencia

Es su actitud y su influencia tan importante que, aunque la hemos estudiado al hablar elementalmente de Eugenesia, por constituir un simple postulado o premisa para llegar a las consecuencias, no hemos vacilado en ampliar aquí algunos datos sobre su verdadero, hondo y trascendental significado, porque juzgamos la suprema utilidad que tiene en una educación, siempre que se pretenda que ésta sea completa y razonada. Ya veremos las consecuencias importantísimas sacadas a este respecto en Bélgica. Pero analicemos ahora los caracteres específicos y cualificativos de la herencia. Según Conklin, en *L'hérédité et le milieu* (véase *El problema eugénico*), lo que persiste a través de todas las generaciones es la organización y forma de las células sexuales, de las que dependen la forma, existencia, viabilidad, etc., del individuo.

Ahora bien, la herencia se refiere unas veces a los caracteres puramente morfológicos (forma, esctructura, tamaño, olor de los miembros del cuerpo); otras veces, a ciertas diátesis y enfermedades (como la tuberculosis); otras, a los caracteres fisiológicos (longevidad, obesidad, calvicie); otras, a los psicológicos (instintos, hábitos, aptitudes, disposiciones).

Los temperamentos y disposiciones mentales, los rasgos preeminentes del carácter, la potencia de la atención

© Biblioteca Nacional de España

y ciertas enfermedades psíquicas (epilepsia, locura) son hereditarios. Lo comprobaron así los estudios hechos por Galton con ciertas familias, e investigaciones de Goddart, Devemport y Wecks acerca de la imbecilidad y la epilepsia, y de Mott y Rosanof respecto de la locura, que vinieron a confirmar totalmente que estas enfermedades son en absoluto hereditarias.

La herencia tiene posibilidades de desenvolvimiento; pero necesita de la acción del medio para llegar a ese desarrollo.

El método de Mendel

A partir de 1900 se inicia el estudio experimental de la herencia por Vries, Correns y Tschermack. El precursor de todos ellos fué Gregorio Mendel, agustino, que empezó con unas curiosísimas experiencias hechas sobre los vegetales, publicadas en 1866; pero que permanecieron relegadas en el olvido, dando origen a su trascendental sistema, digno precedente del galtonismo o Eugenesia, que lleva el nombre de mendelismo.

El método de Mendel consiste en escoger dos formas, con caracteres opuestos, para la reproducción, contando en cada generación el número de descendientes que acusen uno u otro de estos caracteres tras buen número de experiencias, leyes que, de suficientemente comprobadas, lanzaba a la publicidad.

La ley de Mendel fué formulada por los biólogos en tres proposiciones: Principio de los caracteres o unidades básicos, transmisibles por generación (De Vries); principio de predominio; principio de disyunción.

Resultados de la herencia

En cuanto a los resultados de la herencia respecto de la vida fisiológica, debemos destacar bien, por la importancia sexual, el sistema mendeliano, que fué el primero que

© Biblioteca Nacional de España

llegó a la conclusión definitiva y absoluta de lo que hasta entonces no habían sido más que apreciaciones o criterios, sin comprobación efectiva, de que las células que dan lugar a la formación de nuevos seres se reproducen y perpetúan en sus caracteres somáticos o diferenciales. La herencia fisiológica, no ya de las enfermedades motivo de la Eugenesia, y que nosotros aquí no debemos confundir, sino de todos los caracteres típicos y esquematizados de la fisiología paterna o materna contenidos en la célula sexual, quedó probada ante la ciencia médica desde 1866. Más tarde se han aumentado las investigaciones, se han ampliado las pruebas, y el resultado ha sido idéntico.

En cuanto a los resultados de la herencia respecto de la vida psíquica, que son los más interesantes para nosotros, porque en la educación se trata de orientar y dirigir el instinto, y, si éste está pervertido, por transmisión de caracteres específicos de los padres, la labor es mucho más difícil, podemos decir de acuerdo con Ribott y Hoffding:

«1.° La capacidad de transmisión de una disposición, proporcional al arraigo del hábito propio en la organización.

2.° Los hábitos físicos son los más fáciles de transmitir; después siguen por orden los instintos, las disposiciones afectivas y sensoriales, y, por último, las intelectuales.

3.° Sólo se transmiten las disposiciones elementales.»

Uniendo a la herencia la influencia del medio y de la educación recibida, hallaremos la explicación de los tipos sexuales cuya educación es precisa, ya que en estos casos de educación nos encontraremos con dos sectores bien diferenciados: uno, el de los que es preciso educar desde su primera formación; otro, el de los que es preciso reeducar porque por defectuosa orientación han torcido sus inclinaciones fisiológicas o corporales con sus propios instintos o hábitos espirituales.

© Biblioteca Nacional de España

El medio

En los siglos XVII y XVIII, a partir de la revolución mental que hizo surgir Descartes, se concedió una gran importancia al medio y a la educación, de la misma manera que en los comienzos del siglo XX se trata de relacionar la herencia con la educación. El medio tiene una influencia menos directa en la vida del hombre porque es capaz de libertarse de él, siempre que no venga a constituir parte integrante de su espíritu desde edad temprana.

En la evolución de las especies se obedece hoy a las causas internas de transformación, como mutaciones y ontogénesis. Los cambios del medio son más débiles. El medio es todo aquello que es externo al sér vivo y le rodea (medio exterior), o son los órganos vecinos (medio interior). Las formas monstruosas y los defectos de desarrollo nacen con frecuencia de una alteración de los excitantes normales del medio que perfecciona la obra de constitución hereditaria.

Hay para nosotros una faceta del medio altamente interesante: me refiero al medio psíquico, que aumenta con el área educativa y que tiene unas posibilidades iniciales de desenvolvimiento que se manifiestan en una tendencia psíquica colectiva que lleva el nombre de tradición.

Hay, pues, para nosotros dos medios: el físico, el de capacidad de alimento, de habitación, de vivienda, etc; y el psíquico, de hábitos paternos, de cultura recibida, etc.

Aunque la influencia del medio no nos parezca, por no ser inmediata, importante, no debemos olvidar que es lenta, pero segura. En el niño existe una facultad extraordinaria receptiva, existe un afán inmoderado de ver y recibir. Guarda las impresiones tomadas y después se lanza decididamente a copiarlas. El medio físico es interesante para el desarrollo sexual del niño, ya que en el mejor desenvolvimiento corporal está también el de las condiciones o cualidades específicas diferenciales de cada sexo.

© Biblioteca Nacional de España

El medio en la práctica

Hace falta, pues, una vivienda sana, una alimentación en condiciones, higiénica y nutritiva para que el niño desarrolle plenamente sus actividades ya adquiridas, su persona física, cada vez en aumento. Mientras los trabajadores no estén en condiciones de poder sufragar los gastos de un hogar en esta situación y una alimentación de este tipo para muchos hijos, es indispensable que se contenten con tener uno y proporcionarle todo el esmero, toda la serie de cuidados que estén a su alcance. Si no, tropezaremos con la inevitable frase de las madres: «Siempre los tengo maluchos... Es que en casa, sin aire...; luego, comen tan poquito... ¡Así están de pálidos!...» Y miran con una sublime ternura, pero con una suprema inconsciencia, aquella ringla de pequeñines, todos ellos cariacontecidos, sin optimismo, sin movimiento, sin la sana bullanga de la niñez, cuando ésta sabe instintivamente que tiene fuerzas que perder y alimentos con que reponerse.

¡Qué no serían capaces de hacer muchas madres por no pasar esas horas de tortura, de agonía, un día y otro, junto al lecho del niño delicado y débil!... Cuando no es el mayor es el segundo, o el chiquitín, o la nena... Siempre en continuo sufrimiento, añadiendo a sus sacrificios materiales esta serie de dolores y de inquietudes morales.

Madres: No debéis tener más hijos que aquellos que podáis mantener con holgura dentro de vuestro constante sacrificio, que la maternidad es en todo momento no un placer, sino un sacrificio. Pero a ese hijo, a esos dos hijos, cuidadlos con dilección verdadera, entregadles todos vuestros esfuerzos, repartid vuestras actividades, tened una vivienda sana e higiénica, cuidad de que tengan alimentos en abundancia. Que no os vuelva a oír la eterna cantilena de que «siempre están tan maluchos...; ¡están tan pálidos!...»

© Biblioteca Nacional de España

La influencia personal

Vosotras, y también vosotros, los padres, cuidad de la influencia que tienen todos vuestros actos sobre las inteligencias de los niños. Debéis saber que un hecho vuestro; una palabra que pronunciéis, y que ellos repiten en su inconsciencia; un carácter agrio, todo ello son malos ejemplos que dais ante las mentes puras de vuestros hijos.

El sacrificio del padre consciente estriba en que, desde el momento en que lo es, debe, para ventaja de los suyos, hacerse más culto, más tolerante, más consciente; no ofrecerles más que ejemplos de bondad y de cariño. El medio en que el niño se desenvuelve deja en su espíritu hondísima huella. No observaréis al instante su influencia. Pero cuando pasen los años y os veáis como en un espejo en la índole de vuestros hijos, tendréis que lamentaros, íntimamente avergonzados, de que ellos, inconscientes, hayan copiado todos vuestros vicios, de que cuando a ellos se los reprochen, en lo íntimo de su conciencia piensen: «Así hacían mis padres...»

Es indispensable que vosotros, padres, conservéis siempre ante vuestros hijos un halo, una aureola de superioridad. Que os reveléis ante ellos magnos y sublimados en vuestro sacrificio y en vuestros esfuerzos por hacerlos mejores. Tal vez ellos no sepan apreciar nunca lo hondo de esa obligación que os habéis impuesto. Pero vosotros no debéis cumplirla tan sólo por vuestros hijos, sino pensando en que con ellos dais al mundo unos trozos de vuestro sér; pero en los que habéis puesto con vuestra sangre todos vuestros deseos de que fueran los mejores y los más inteligentes.

Trascendencia del medio

Con magistral palabra define esta influencia y la necesidad de su remedio el maestro italiano Cimbali, al afirmar que la finalidad actual del matrimonio, argumento el más importante por el que se afirma la necesidad de su subsis-

© Biblioteca Nacional de España

tencia y de la actual institución familiar para beneficio en la educación de los hijos, que «mucho más daño hace a éstos el ver a sus padres unidos, pero en reyertas o en adulterios, soportando sus recriminaciones, que el verlos libres, cada uno cumpliendo su misión social independiente, comparando la indiscutible tragedia que crea la contraposición de dos caracteres la posibilidad de poner también remedio a este mal».

Hoy registra el Dr. Luis Vervaeck que en todas las naciones, debido al creciente aumento de esas discrepancias, debido a la lucha, cada vez más abierta, que obliga a buscar expansiones fuera del hogar, con todas sus consecuencias, la «multiplicación inquietante de los anormales en las sociedades modernas pone en peligro su seguridad y compromete seria y definitivamente sus progresos».

En Norteamérica, la nación más avanzada en el aspecto científico y de desenvolvimiento material del mundo, se dan respecto de estos problemas aterradoras estadísticas que revelan cómo en el mal, por ser de todos, es también más necesario que todos, sin distinción alguna, cooperemos a su remedio.

Veamos los estudios que han hecho los profesores Huntington, de la Universidad de Yale, y Whitneg, de la Sociedad Eugénica, en una obra que han titulado *Los constructores de América*, y en la que se afirma que de 22 niños que nacen, sólo uno, por sus condiciones físicas y por su inteligencia, está en condiciones de ser un verdadero constructor de América, sustituyendo a los actuales en el camino hacia la perfección.

Llegan a la consecuencia, que se desprende fácilmente de sus escritos, de que América no necesitaba para nada, como lo ha hecho, doblar en veinticinco años su población. Los hijos de los holgazanes, de los pobres incapaces, son numerosísimos, y no nos valen. Los de los ricos, aunque menos, nos son inútiles por la inmoralidad a que sus padres se entregan y que en ellos repercute. Y los hijos de los capaces son los menos, por una razón de economía y porque sus padres desean que, aunque pocos, sean los mejores.

© Biblioteca Nacional de España

Hasta tal punto se toca hoy en los Estados Unidos la gravedad de este problema, que un 10 por 100 de la población vive de la delincuencia, y en sus estadísticas notables se ha podido advertir que todos ellos proceden de esta clase de hogares, escuelas inconscientes de inmoralidades y a las que dan tan gran contingente individuos tarados material y moralmente.

El carácter

Con mucha frecuencia se habla del carácter. Pero aunque muchos comprenden de una forma vaga lo que representa, no conocen su verdadero y trascendente significado. En este folleto, en que más que una orientación pedagógica — labor más ardua y compleja —, indicamos una ruta, señalamos una inquietud, es indispensable indicar los hechos comprobados con que vamos jalonando esa ruta. No se puede dar, por otra parte, una orientación pedagógica definitiva. Precisamente de eso adolece, a mi juicio, la Pedagogía: de que, fiada con exceso en su labor, ha creído que podía dar normas colectivas para todos los seres, agrupándolos si acaso por edades en una graduación en la que pretendía convertir a los humanos en seres de un mismo tipo, de un mismo nivel, sometidos forzosamente al mismo programa. Yo, tan partidaria, por una convicción profunda, de un sentido colectivista en todas las ciencias y realidades históricas, juzgo que la Pedagogía tiene que ser eminentemente individual, aplicable a cada individuo a ella sometida, y que es un «hombre», incluyendo por consiguiente en este término un espíritu propio, particular y esencialmente personal.

No puedo seguir este camino, aunque el título de este folleto, *Educación sexual*, hiciera suponer a algunos que iba a indicar: «En la niñez, el padre o el maestro se encargará de educar al niño de este modo», etc., etc. Por el contrario, me parece que esto, aparte los inconvenientes que acarrearía, porque cada niño es un caso clínico especial, sería una traba para la conciencia del trabajador, padre o madre; le

© Biblioteca Nacional de España

obligaría a mecanizarse en esa labor de educación y de capacitación del nuevo sér, y yo deseo para él todo lo contrario; aspiro a que sea él mismo el que se preocupe de desarrollar su inteligencia, procurándose la mayor cultura posible y el mayor conocimiento del espíritu del hijo para que, analizando en él sus condiciones heredadas, sus vicios, sus defectos, sus buenas cualidades, sepa lograr un conjunto armónico, que no obtendría si señalásemos a todos una ruta definitiva.

Las circunstancias en que cada familia se desenvuelve en los casos particulares que se presentan, obligarían a modificar constantemente el sistema. Por esto, nosotros pretendemos dotar al obrero de los conocimientos que le hagan ver qué aspectos ha de analizar con especial interés en la persona de su hijo, para procurar, poniéndolos en contacto, perfeccionar esa labor educativa.

Y uno de los más trascendentales, de los que más se habla — recordemos las frases «tiene un genio adusto», «tiene un carácter alegre», etc. —, es el carácter. Es simplemente un sistema de inclinaciones, instintos y tendencias; modos peculiares de pensar, sentir y obrar, dados bajo la forma de constitución mental, definida para un tipo determinado de individuos semejantes. En cuanto al carácter individual, es algo así como la fisonomía moral de la persona.

El carácter tiene coeficientes de cada elemento psíquico, de la vida intelectual y de la voluntad.

Fué Stuart Mill, en su *Lógica*, quien primero sentó las bases de la Etología, o ciencia del carácter.

Para Kant y Schopenhauer, se dan en el carácter elementos innatos (*noúmeno*, carácter inteligible) y adquiridos (fenómeno o carácter sensible). Lombroso, siguiendo a Bichat, que sostenía la tesis contraria de que el carácter es inmutable, estableció su teoría de que hasta en el criminal nato, a pesar de todos los esfuerzos de la reforma social e individual intentados por la educación y los hábitos de la autosugestión, su carácter es inhibitorio y puramente personal, y que, a no ser en la infancia, no se transforma, pues llega a constituir el yo interno de la persona.

© Biblioteca Nacional de España

Para que os forméis una idea de las clases de caracteres que existen, damos aquí una clasificación, de las más completas en cuanto a su división y encasillamiento, que no necesita últeriores explicaciones, pues, de por sí, es suficientemente concreta. Vosotros debéis saber, al analizar los caracteres de vuestros hijos, cómo distinguirlos y definirlos, no siguiendo una mera rutina de alegría o de tristeza, de hosquedad o de afabilidad, sino analizándolos según sus condiciones fisiológicas y psicológicas más íntimas.

He aquí la clasificación de Malapert:

- **Caracteres**
  - **Afectivos (sensibilidad viva)**
    - **Sensitivos pasivos.**
    - **Sensitivos mudos.**
  - **Emotivos**
    - **Melancólicos.**
    - **Impulsivos o irritables.**
    - **Pasionales.**
  - **Intelectuales**
    - **Afectivos.**
    - **Especulativos.**
  - **Activos**
    - **Mediocres.**
    - **Agitados.**
    - **Grandes activos, inteligentes, sin escrúpulos.**

El temperamento

Muchas veces se ha confundido el significado del carácter con el del temperamento. Y, sin embargo, son dos conceptos totalmente opuestos. Para esclarecimiento vuestro, quiero incluiros aquí, con la misma finalidad que el carácter, unas notas sobre el temperamento.

Temperamento, del latín *temperamentum*, es mezcla en la que, siguiendo a Hipócrates en su teoría, predominan los cuatro humores.

No obstante, Galeno concibe dos temperamentos fundamentales: temperamentos normales, o eucrasias, y temperamentos anormales, o discrasias.

© Biblioteca Nacional de España

Así surgen el temperamento colérico, sanguíneo, melancólico y flemático; en tanto que Empédocles funda esta clasificación según que predomine uno de los cuatro elementos a base de los cuales se habían figurado en la antigüedad la constitución del mundo, esto es: linfa, sangre, bilis, nervios.

A partir de ellos, unos basan, como Halle, el temperamento en la constitución orgánica, y otros, como Zimmerman, se fijan en el carácter de la actividad particular del sistema nervioso. Bichat propuso sustituir los humores por las funciones que dominarán en el individuo, creando los grupos de temperamentos musculares, digestivos, cerebrales.

Kant juzgaba el temperamento como una constitucional organización corporal de osamenta y tejidos, existiendo la complexión o energía vital.

Hoffding establece ocho clases sobre la base del placer y del dolor, de la fuerza y debilidad orgánica y de la rapidez y lentitud.

El temperamento influye especialmente sobre el carácter en las crisis de la persona del individuo, en cuyos estados se suelen cometer hasta hechos delictivos, en muchos casos muy graves. El temperamento es la base de dos coeficientes fundamentales en el hombre, que habremos de estudiar brevemente por su influencia en la existencia de éste. Me refiero a la salud y a la enfermedad.

Pero, mientras, el temperamento representa el segundo elemento básico que con el carácter constituyen los dos de índole psicológica más pronunciada y que tanto intervienen en la labor que deben desarrollar los padres para orientar las características temperamentales de sus hijos.

La labor del padre

El temperamento, si bien es más trascendental que el carácter porque nace con la persona, en tanto que aquél es creado posteriormente por el espíritu, puede dirigirse y orientarse, aunque no cambiarse.

© Biblioteca Nacional de España

La labor del padre, verdadero educador de su hijo, preceptor más completo y perfecto que el maestro —porque al observarse a sí mismo, se ve retratado en las cualidades del niño, y comprende, por tanto, más íntimamente que un maestro mercenario sus condiciones, aunque no sepa encauzarlas —, debe ser la de formar un carácter, de orientar un temperamento. En el niño terco, por ejemplo, su testarudez debe orientarse hacia la laboriosidad. El niño empeñado en ser holgazán y ocioso es una verdadera plaga social, mientras que el que se distingue por su inclinación al trabajo es un elemento de positivo valor en la vida futura de la Humanidad.

La terquedad no se podrá eliminar, pero se la puede orientar. Sobre todo, no es justo, ni siquiera útil, que como norma pedagógica conservemos aquella de no hacer llorar a los niños de pequeños, porque bastante habrán de sufrir más tarde. Sin que el niño se dé cuenta, sin que sufra, desde sus más tiernos años, desde que está en condiciones de actuar y empieza ya a pensar, se le debe inculcar el hábito del trabajo. El ocio no es tan sólo, como indica un refrán, símbolo de la psicología popular, «padre de todos los vicios»; es también, y sobre todo, causa de la desgracia futura del niño, a quien la lucha por la vida obligará a desarrollar un esfuerzo que su temperamento, primero, y sus padres, después, por no habérselo orientado, tendrán la culpa de que le resulte imposible y agotador.

Salud y enfermedad

Es importante conocer la influencia que cada uno de estos aspectos tiene sobre la vida moral o cerebral del individuo. No se trata de diagnosticar en terminología médica lo que es la salud y la enfermedad; se trata simplemente de analizar su influencia, no sólo en la depauperación fisiológica del organismo, sino también en la depauperación moral, o de su inteligencia.

Las dos determinan el funcionamiento normal o anormal del cerebro, que repercute en la conciencia, ya con el tono

© Biblioteca Nacional de España

normal (cenestésico), que lleva a su máximo en la euforia (supremo agrado), pasando por los grados de cenestesia, euritmia, euforia, eucrasia, ya por el desentono vital del delirio: la hipocondria, la hiperestesia, la melancolía y la tristeza.

El cerebro, el corazón, la calidad de la sangre, el género de vida y el grado o intensidad de las tareas del trabajo diario, como también la voluntad, el temperamento y el carácter de la persona, tienen una importante misión en la distinción fundamental entre salud y enfermedad.

La salud es un proceso de defensa consciente por parte de la voluntad para evitar enfermedades, como el alcoholismo, la sífilis, la tuberculosis, gota, reumatismo, y de ahorro y resistencia cuando estas enfermedades atacan por causas extrínsecas.

El secreto de la dicha depende de la salud; la propensión al optimismo o al pesimismo, la longevidad y la muerte prematura son las consecuencias que, en el mejor de los casos, se plantean a estos problemas. Cuando la enfermedad se apodera del organismo, la situación se complica. Hoy parece probarse por los médicos que la tuberculosis produce un cierto estado mental de irresponsabilidad relativa; ya sabíamos la influencia de la sífilis y del alcoholismo; no cejamos, pues, en juzgar a éste, como ya indicamos en *El problema eugénico*, como una enfermedad.

Su trascendencia

La salud es buena y agradable; pero la enfermedad, como factor de índole fisiológica, nos interesa más por la labor que hay que desarrollar, por el valor que tiene para la educación. Se educa a aquel que está necesitado de guía, no al que ya está orientado. Se educa, pues, al enfermo. La educación sirve para que una orientación defectuosa se haga recta y definitiva.

Por la influencia que desarrolla la enfermedad sobre el carácter, sobre el temperamento del niño, es indispensa-

© Biblioteca Nacional de España

ble que todos procuremos que nuestros hijos sean los más sanos. Para ello es imprescindible — ya lo indicaba en *La limitación de la prole* — vivienda sana y alimentos adecuados. Y éstos no se pueden proporcionar a muchos. Es preciso prodigar a uno todos los cuidados. La enfermedad hace tristes, desgraciados, abúlicos, incapaces. La salud hace optimistas, ágiles, felices, conscientes. El hombre sano ve en su trabajo, no un castigo (véanse palabras de Marañón en *El problema eugénico)*, sino la alegría de su vida. *Mens sana in córpore sano.*

Hablamos aquí de cambio de moral, porque es preciso un cambio de moral absoluto. Abandonemos aquella orgullosa concepción del cristianismo de que el trabajo sea distintivo de una clase; será, por el contrario, una obligación y un derecho que lo ejerzan todos los ciudadanos, sin distinción alguna. El trabajo, para el sano, es un medio en que emplear las energías.

Por la felicidad futura de vuestros hijos, padres que leáis estas líneas, es indispensable que los criéis sanos y fuertes, que les evitéis, con el dolor físico de la enfermedad, el dolor moral de la abulia, de la tristeza, sello que habría de quedar perdurable en su espíritu.

Edad

La psicología del niño, del adolescente y del adulto tiene sus características propias. La evolución tiene un límite en la madurez, caracterizada por el desarrollo pleno. Pero el límite, en realidad, no está fijado. El crecimiento, en altura del cuerpo, oscila entre los diecinueve y los veintinueve años, según unos, y los dieciocho y los veinticinco, según otros.

El del cerebro termina a los cuarenta y cinco. Los estudios de Quetelet, Liharzik y Zeissing convienen en que el crecimiento de la talla es muy corto a partir de los dieciocho años, y casi insensible a partir de los veinte o los veintiuno.

El período educativo se subdivide en dos partes, según

© Biblioteca Nacional de España

manifiesta Aristóteles en su *Política*: uno, de los siete años a la pubertad; otro, hasta los veintiuno. Este se podrá completar con otro desde los tres a los siete.

La psicología del niño acusa más honda evolución psíquica. A partir de los siete años, el desarrollo es muy similar al del adulto, si bien con diferente proporción e intensidad.

La edad para la psicología

En relación a la edad, los psicólogos coinciden en afirmar que el desarrollo del niño es éste:

1.° Primera infancia, los niños hasta los siete años, y las niñas, hasta los seis.
2.° Infancia, de siete a doce y de seis a diez.
3.° Adolescencia, de doce a quince y de diez a trece.
4.° Juventud, de quince a veinte y de trece a dieciocho.

La psicología del adolescente y del adulto se acerca al tipo evolutivo normal. Hasta los cuarenta y cinco años el hombre sigue una marcha ascensional, cuyo nivel medio puede conservar hasta los sesenta o sesenta y cinco.

Esta proporción de la edad física en unión de la edad psíquica, determinada en las etapas de niñez, adolescencia, madurez, puede sufrir hondos retrasos en casos anormales. Hay pruebas para medir la inteligencia, tales como las de Binet, la escala gradativa de Terman, que, con *tests* de un alto valor psicológico, tratan de averiguar el nivel moral de las inteligencias y establecen correlación entre cuerpos de adultos e inteligencias infantiles.

Más interesante que la trascendencia de la edad respecto de los factores fisiológicos de crecimiento o de los psicológicos de progresión intelectual es esa edad mental en relación con el nivel — inteligencia a total — y con el perfil — grado de aptitud o de vocación del niño para ciertas artes u oficios — de individuos y colectividades.

© Biblioteca Nacional de España

La educación sexual

Hemos hablado aquí de la edad porque juzgamos que la educación del niño pasa por muy diferentes fases, según la edad en que se inicie o en que se continúe. Hemos visto las diferentes gradaciones o etapas en que se divide la edad en que el niño es susceptible de aprender, desde su nacimiento hasta los dieciocho o veinte años. Hay, por tanto, esta serie, bastante larga, de años, pero en realidad muy corta si se tiene en cuenta la magnitud de la labor que habrá que desarrollar para poder escalonar la labor educativa del padre.

Ante todo, afirmamos que es al padre, por encima de los criterios mantenidos por eminentes médicos y pedagogos, a quien compete esta labor. Ni al maestro, ni al médico, con ser este último mucho más capaz, y no por ello menos desconocedor de los móviles psicológicos del niño, aunque los fisiológicos están relativamente a su alcance, corresponde definitivamente esta labor.

El sexo, por otra parte, tiene un desarrollo aún más profundo desde su iniciación en aquel momento en que es, según Freud, la primera tendencia subconsciente del niño, que tiene incluso sus primeras definiciones en el complexo de Edipo (*), y que comienza con la propia existencia de la criatura, hasta aquellos instantes en que, definiéndose cada vez más profundamente en esa lucha señalada entre los dos sexos, cuya coexistencia en el factor hombre está plenamente probada (véase *El problema eugénico)*, llega en la pubertad al vencimiento definitivo de un sexo o del contrario; labor que más tarde se perfecciona y termina.

La misión paterna debe ser la de procurar a cada hijo, según su sexo, una educación y orientación totalmente diferentes dentro de la comunidad y de la coeducación absoluta

(*) Llámase así a la atracción inconsciente que en la primera infancia sienten los niños por la madre y las niñas por el padre, desprovista de toda maldad; obedeciendo a los imperativos del instinto, y que en algunos casos excepcionales aparece invertido.

© Biblioteca Nacional de España

posterior. Los juegos, las diversiones, el trato con personas de diferente sexo, todos estos factores, de los que muchos padres no suelen ocuparse, tienen, sin embargo, un interés extraordinario. El niño reposado y al que le guste almacenar cacharritos, que es una tranquilidad para su madre, no tiene verdadero sexo varonil; en la lucha que se mantiene en el interior de su organismo está venciendo el «eterno femenino». La educación, apenas se nota desviación de índole puramente sentimental, aunque no llegue a ser fisiológica, debe hacerse más intensa en sentido opuesto. La niña bullanguera, que salta con los muchachos, que gusta de trepar y de «enredar» con esas travesuras muy propias del aventurero espíritu varonil, revela en ella un predominio de esta tendencia que es preciso eliminar u orientar. La coeducación, la unión, sólo cabe en la inteligencia. Hay que dar a los dos sexos la misma cultura, la misma educación, y en los mismos parajes, y con los mismos libros y para los mismos fines; pero hay que mantener dentro de cada niño el sentido profundo de su sexo y de su carácter específico, de acometividad o de relativa timidez. En cada oficio, en cada profesión, hay un sector en el que la mujer tiene un campo y el hombre otro. Aunque laboren juntos en la obra común y planteen los mismos problemas, hay que procurar que conserven desde niños sobre cada uno de ellos un punto de vista diferente. Esa es la misión más trascendental de las madres que están más en contacto con sus hijos, para evitar en lo futuro equívocos desgraciados. Esa es la verdadera labor de educación sexual, esto es: educación física, diferente; educación intelectual, común. Iguales en la inteligencia, donde no puede haber discrepancias; pero desiguales en las aficiones, en los gustos, en las aptitudes.

Ahí está la clave de la diferenciación suprema de los sexos, donde debe radicar el verdadero anhelo del feminismo: en que la mujer sea igual al hombre en capacidad, pero fundamentalmente distinta en sensibilidad. Si la mujer pierde su apreciación particular y típica, no será un «tercer sexo», como dicen los antifeministas, sino un sér cuya naturaleza física, cuando estaba realmente capacitada para dirigirse ha-

© Biblioteca Nacional de España

cia el bien, se habrá torcido por una deficiente orientación familiar.

Apenas el sexo se aproxima al estado de definición absoluta que es la pubertad, empieza para los padres el problema de la iniciación sexual. Tan escabroso es — y tomo el vocablo «escabroso» no en sentido pornográfico, sino en el etimológico —, tiene tantos escollos, que los padres suelen alegrarse de advertir en la conducta de sus hijos, por cualquier circunstancia, que ellos conocen ya directa o torcidamente el mecanismo de los sexos, creyéndose relevados de cumplir esa obligación.

La iniciación sexual

La iniciativa sexual, según R. Martial y D. Vachet, en la *Comunicación a la Academia de Medicina de Paris*, indican en sus conclusiones, incumbe a los médicos. Primero se les hablaría del acto sexual como muy serio para la mujer, a la que puede acarrear la muerte, la lleva desde luego al término de la salud, y en todo momento, al sufrimiento. Se les podría inspirar, pues, con facilidad una mayor cordura en los juicios; se les citarían constantemente las estadísticas de las prostitutas infectadas, y se les hablaría de la mentira que encierran esas promesas de amor, de la bajeza en el disfrute de esos placeres comprados, del disgusto que más tarde se experimenta.

Y terminan diciendo: «Ahora bien: que lo que se haga en la escuela no sea contradicho en el hogar.» Pero es que, aunque sean aceptables las conclusiones de Martial y Vachet, dejan en pie el problema, que radica en el conocimiento que tengan esos niños del acto sexual y de la misión específica de cada sexo. Tal vez se podría obviar el problema siguiendo los medios expuestos por Mrs. Russell, divulgados en algunas otras naciones, de enseñar a los niños textos de Anatomía y de Fisiología que les hicieran comprender, como un texto más, como una materia más, sin darle más importancia que a las restantes, las diferencias de cada sexo y, paulatinamente, la misión por ellos llamada a desarrollar.

© Biblioteca Nacional de España

Es éste el mejor medio de mantener su inocencia directamente, sin engaño ni rodeo alguno, llegando a la revelación sin querer hacérsela, como si nada hubiera que descubrir, sino que fuera lo averiguado un conocimiento más, que es provechoso conocer.

El cuidado de la escuela aparece, pues, resuelto. El de la madre, el del hogar, está en aislarle definitivamente de sus conversaciones, de su trato; en procurar hacer, alejando al niño de otras compañías de muchachos mayores y dejándolo en una libertad vigilada y cuidadosa, los esfuerzos ya indicados por Martial y Vachet de que «lo que se haga en la escuela no sea contradicho en el hogar». La madre debe responder a las preguntas que el niño le haga con claridad y rapidez. Serán preguntas, en cierto modo, científicas, de curiosidades que interesarán al niño sobre esas materias que estudia. La madre no debe callar ni dudar nunca; debe contestar y seguir en su labor. El niño entonces no tiene interés en buscarse explicaciones de aquellos hechos incomprensibles, como cuando se trata de quebrantar una negativa pertinaz o de vencer una ignorancia en la que querían dejarle sumido.

Paulatinamente, el niño llega, sin embargo, al conocimiento de los hechos. Una Fisiología superior en todos los estudios, o esas enseñanzas en la escuela, o en los talleres, son útiles para niños cuya iniciación se trate de realizar. Después es el instinto mismo el que responde inconscientemente a las cuestiones y dudas que se planteen. Un niño sano, ocupado en el trabajo, con tutela en el hogar, que no recate su libertad, sino que siga concediéndosela, pero adiestrándole en el uso que de ella deba hacer, proseguirá la labor. En este aspecto la desarrollada por Martial y Vachet es indispensable. Hoy no se vacila, no ya en Rusia, donde se inició en 1919, sino en muchas naciones, en poner en las escuelas carteles, pruebas gráficas de los daños del alcoholismo. Igual debe hacerse esta propaganda escolar, sencilla y natural, contra la sífilis y la prostitución; propaganda escrita primero, oral más tarde, en todo instante por el cinema educativo. En cuentos, en películas apropiadas a las inteligencias de los niños, debe dárseles esta orientación y esta

© Biblioteca Nacional de España

ruta. Recientemente, leía yo un cuento sencillo, cuento infantil, en el que, sin embargo, se daba una profunda lección en este sentido. Se trataba de una niña que no tenía más que una cama y un cochecito, y a quien su padrino y algunos familiares regalaron tres muñecas. Encantada con las tres, eligió aquella a quien ella prefería por parecérsele más, y era a ella a quien, no obstante la pesadumbre de las otras muñecas y la suya propia, acostaba en la camita y sacaba a pasear en el coche. Hasta tal punto llegó la rabia y el dolor de las otras muñecas, que una noche «llegaron a las manos», y a la mañana siguiente, cuando la nena despertó, halló a sus tres muñecas rotas y destrozadas a los pies del único coche y de la única camita. Y sacaba el cuento la moraleja, muy adecuada para el espíritu infantil, y que un padre con buen sentido de pedagogo se encargaría de recalcar, de que «no se pueden tener tres muñecas cuando sólo se tiene una cama y un coche».

Con medios similares, en este aspecto como en los restantes del problema sexual, estimo que podría lograrse esta definitiva orientación del espíritu infantil en un sentido de castidad, que no es ñoñez, y de consciencia, que no es pornografía.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA EDUCACIÓN SEXUAL EN LA PRÁCTICA

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA EDUCACIÓN SEXUAL EN LA PRÁCTICA

Un inciso

No sólo por afición, sino por tratar más íntimamente estos problemas a través de las palabras de médicos extranjeros de tanto nombre como Possemeirs, que ha logrado en Bélgica, con sus teorías, reducir la mortalidad a un 5 por 100; por tratarse de enseñanzas tan dignas de estima y de respeto como las del venerable Recaséns, y por estudiar una institución nueva recién creada y de laudables propósitos, siquiera no se lleven a la práctica, pero cuya finalidad debe ser destacada, incluímos aquí estos tres puntos, ni literarios ni reales, puntos doctrinales y a un tiempo prácticos, en que se destacan tres hechos que pueden quedar como consecuencia, como postulados finales de la tesis por nosotros mantenida.

Las investigaciones de Possemeirs, las enseñanzas de Recaséns y el Instituto de Sanidad y Pegadogía bien merecen un inciso en este libro, donde no todo debe ser tesis, sino también ejemplos prácticos de la bondad de nuestras doctrinas y, sobre todo, de su justicia y exactitud.

Conclusiones

Las transcribimos aquí porque estimamos que deben quedar bien grabadas en la mente de todos, por su extrema utilidad y su sólida fundamentación científica.

El Dr. Possemeirs, de Amberes, ante el II Congreso Internacional de Protección a la Infancia (Bruselas, 1921), plan-

© Biblioteca Nacional de España

teó los problemas de la degeneración o herencia morbosa por la acción de los tóxicos en las células germinales.

La tesis mantenida entonces por él fué ampliada en abril de 1928, cuando afirmaba que «la herencia es la fusión de los núcleos macho y hembra, y de una acción o substancia catalítica que determina en el citoplasma del huevo la formación del nuevo tipo, recordando los caracteres ascendentes. La fusión de las substancias normales hace que la obra del agente catalítico sea puramente acelerante. Si las substancias o el catalizador aparecen alterados por la influencia de los venenos (sífilis, alcoholismo y las desviaciones o deformaciones anteriores), se pueden dar dos casos: en el primero, si los gérmenes están profundamente afectados por la herencia o por la deformidad, la reproducción se realiza con caracteres más graves; o si la deformación es sólo de estos gérmenes primeros, se da lugar a deformaciones nuevas, como la deterioración de gérmenes, o blastotrofia. El generador atávicamente envenenado está también falto de elementos constitutivos, y da lugar a las enfermedades de índole familiar hereditaria. Si están temporalmente envenenados, la reacción es irregular, más o menos profunda. Así, en los casos ligeros se dan los tipos de niños con las orejas en asa, nariz abultada y aplastada, dedos suplementarios, labio leporino. En los casos graves existen estados diatésicos de constitución grave, de deficiencia orgánica de parte tan indispensable como el cerebro (idiotez, epilepsia).

Si el generador no es decadente absoluto, sino que se da por vez primera esa degeneración en aquel caso, se puede llegar a una generación sana, mediante muchas generaciones con profunda y atinada selección y con la higiene más absoluta.»

En estos móviles encuentra el Dr. Fossemeirs las causas de la mortalidad infantil, debidas a una debilidad congénita en los casos leves y a una verdadera deformación en los graves. Al estudiar estos casos de herencia, lo esencial para el doctor Possemeirs es analizar la situación, los orígenes, la fisiología y las herencias paternas; comprender cuál es el estado de los ascendientes para poder dar un diagnóstico o para

© Biblioteca Nacional de España

instituir un tratamiento del enfermo. Son inútiles cuantos análisis le haga si no estudia a fondo el estado material y las disposiciones morales (hábitos o instintos) de los padres. Cuando conoce a éstos, como si un velo se descorriera y se revelasen, completamente claras y sin la menor obscuridad, las causas de aquellos trastornos, débiles tal vez, profundos en otras ocasiones, se puede ya indicar un plan de tratamiento con higiene y con selección.

Veamos, pues, si no es importante apreciar en los hijos qué caracteres han heredado y hasta qué punto se manifiesta en ellos su intensidad, y si no debemos conscientemente analizarnos con anterioridad, comprendernos antes de otorgar la vida a nuevos seres y pensar si por unos momentos de placer o por satisfacer una necesidad espiritual es justo condenar a unos cuantos niños, a quienes no hemos pedido su aquiescencia para traerlos a este mundo, a toda una vida en la que ellos, sin culpa, habrán de llevar estigmatizados nuestras lacras y nuestros defectos.

Hace falta comprender primero este primordial deber, y si aun con todas las precauciones se dieran casos de éstos, procurar orientar la naturaleza levemente torcida con una inteligente educación, no sólo de la inteligencia, sino de su conducta moral y de su vida sexual, destruyendo lo que en nosotros no habíamos notado por su escaso relieve.

Es, pues, indispensable que todos cooperemos en la medida de nuestras fuerzas a la perfección, y para ello habremos de traer al mundo menos seres, pero cada vez más perfectos, y procurar, dentro de los que vengan, que no se perpetúen en ellos, reformándolas o adaptándolas al ambiente, aquellas cualidades que en nosotros, preeminentes o accidentales, labraron nuestra propia desdicha. Hace falta crear hijos sanos, hijos rectos de espíritu. Es preferible que el sexo y el instinto, el hábito y la aptitud, se estabilicen y concreten bien en la niñez, a que los niños vayan a la escuela en su primera infancia. Es indispensable que cuando vayan a ella a empezar a desligarse de la vida del hogar e iniciar su convivencia con otros seres, convivencia más íntima, por más dilatada, lleven ya fraguado su cuerpo y formada su con-

© Biblioteca Nacional de España

ciencia. Por ello hace falta, sobre todo, que la madre sea cada vez más culta, que comprenda y estudie cada vez más estas cuestiones, porque es ella la que mayor influencia habrá de desarrollar sobre los hijos y porque es ella la que, analizándolos, comprendiéndolos, debe saber la orientación que conviene indicarles y la ruta que señalar a sus inteligencias. No tengáis tanta prisa por mandarlos al colegio. Es tal vez preferible prolongar la vida en el hogar, pero no vida de holganza: vida en la que el niño pueda llevar ya formado en su yo un subconsciente que la lucha que le espera no pueda arrancar. No ya por tendencias feministas ni por afanes de independencia, aunque no fuera más que para beneficio de vuestros hijos, todas las mujeres debíais ser cada vez más cultas, cada vez más capaces, para que en vuestros hijos renazca, superándose, vuestro espíritu y vuestra ilustración.

La conferencia de Recaséns

Por encima de sus palabras, algunas de las cuales destacaremos, en la admirable conferencia que dió el Dr. Recaséns en la Academia de Jurisprudencia sobre el tema «Toxicosis, paternidad y Eugenesia» existe un llamamiento para que se cree un vínculo de unión entre las dos Academias de Jurisprudencia y de Medicina, esto es, entre el abogado y el médico, que, obligándoles a una función común que les permita un estudio profundo de aquellos problemas que se ofrecen cruda y desnudamente a los ojos del clínico y al estudio del jurista, conminales a afrontarlos con la rapidez y diligencia demandadas por una sociedad orientada de manera equívoca, llena de falsos prejuicios, y por una Humanidad doliente, sufrida y atormentada.

Precisa, dice, «que el hombre de derecho se sitúe al lado del médico, que recoja el producto de sus investigaciones y experiencias clínicas, elevándolas a la categoría de leyes. Son múltiples los problemas que reclaman solución y dictamen de los unos y protección y amparo de los otros. De entre ellos ya han sido motivo de estudios minuciosos algunos que

© Biblioteca Nacional de España

permiten fallos irrecusables, que toda sociedad culta reclama, e imposibles en una nación verdaderamente culta y civilizada.»

Ante la revolución armada entre las derechas, y que el Dr. Recaséns, hombre de ciencia, sin mixtificación alguna política ni religiosa, no vacila en calificar de «fariseísmo y tartufismo»; a los «remilgos y falsos prejuicios» con que pretenden combatirnos con «regodeos pornográficos», se debe contestar solamente con hechos. Los problemas tangentes van llegando a la literatura porque se desbordan de la vida actual; son ya demasiado trágicos, demasiado punzantes; se han puesto como guijos en punta en el camino del escritor, que ha tenido que detenerse en ellos ante el dolor que le ha lacerado su espíritu. Por eso dice Angel Martínez, discurriendo sobre el admirable discurso: «Mírese alrededor nuestro, húndase la mirada en lo profundo de la vida urbana y extiéndase, sobre todo, en el ambiente y los hogares de los suburbios. El hambre y, por ende, la degeneración ponen un sello inconfundible en el semblante de una gran parte de la Humanidad, especialmente en los bajos estratos de la sociedad.»

Y termina diciendo: «¿Es que tiene una mujer el deber de tener hijos si no los quiere?... ¿Qué ley divina o humana puede invocarse en justicia para imponerle sacrificios estériles, transmisibles inevitablemente a su natural y defectible descendencia en la mayoría de los casos?... Libertad a la mujer para gobernarse en las intimidades del hogar y administrarse en el régimen procreador de acuerdo con su sano criterio y los consejos de la ciencia.»

Es esencial que la mujer aprenda que es justa y legítima esta administración de su cuerpo. Como decía Jiménez de Asúa, encabezando uno de los capítulos de su conferencia «Eugenesia»: *Ton corps est à toi* (Tu cuerpo es solamente tuyo).

Después nos encargaremos nosotros de justificar ante el Código del futuro sus actos, que ante el actual son faltas o inmoralidades. Los abogados que sepamos inspirarnos en esta tendencia, siguiendo el llamamiento que nos ha hecho el maes-

© Biblioteca Nacional de España

tro Recaséns, al elaborar el nuevo Código, llevaremos a él estas orientaciones, más morales y más justas.

Libertad para la mujer y para el hombre en la procreación, sí.

Libertad sin más límite que la conciencia, también.

Pero libertad habiéndose enseñado antes su uso, para que no la malgasten y se pierda. Libertad consciente. Este es el problema que nosotros, ahora educando y más tarde fraguando en los áridos, pero necesarios, artículos de un Código nuevo, amplísimo, dotado de verdadero espíritu de justicia — ¡al fin! —, iremos desarrollando, laborando todos juntos por redimir a esa Humanidad tanto tiempo esclava de su propia inconsciencia y que hoy sale de su marasmo para obedecer a este primer llamamiento de emancipación de la raza.

Instituto de Sanidad y Pedagogía

Es interesante destacar los fines de este organismo, no por juzgarlo como medio de propaganda, sino porque revela el hondo interés que cada vez más van teniendo estos problemas ante los Estados que se ocupan de buscarles solución, y porque, aunque hoy imperfecto, puede llegar a ser una buena orientación, una escuela de divulgación para la clase trabajadora. Destaquemos, pues, sus fines, por lo reciente de la obra aún incumplidos, para revelar cómo son los propios individuos los que, comprendiendo la necesidad de remediar dichos problemas, presentan algunas soluciones que es importante hacer destacar aquí.

Los fines que persigue, escogiendo tan sólo de entre ellos los más trascendentales para nuestro estudio, son:

1.° Editar y repartir gratuitamente folletos concisos y expresivos de profilaxis venérea, de medicina social, de propaganda antituberculosa, antialcohólica, pro infancia, de higiene para la mujer, escolar, de la alimentación y vivienda, del trabajo y de la profesión. Editar también publicaciones sobre la herencia e higiene de la raza, sobre medios urgentes

© Biblioteca Nacional de España

para la curación de lesiones del trabajo y evitar su infección, y sobre la higiene de la vida espiritual y disciplina de la cultura física.

2.° Crear Comités locales para perseguir estos fines. Crear en Madrid, Barcelona, etc., establecimientos semigratuitos y gratuitos para tratamiento de enfermedades venéreas.

... ...

4.° Organizar conferencias populares en talleres, fábricas, casas populosas, barriadas, cárceles y reformatorios sobre cuestiones sanitarias y sobre el delito y el respeto que deben merecer las leyes. Estas conferencias irán ilustradas con proyecciones cinematográficas, carteles expresivos, y ampliadas con el reparto de folletos y cartillas de divulgación social de texto simple y claro.

5.° Organizar olimpiadas, gimnasios, piscinas, refugios nocturnos, excursiones. Crear juntas de señoras para la protección a madres o embarazadas solteras.

6.° Organizar Congresos eugénicos y asambleas de política penal y penitenciaria.

... ...

8.° Organizar cursos de ampliación de estudios en este aspecto para médicos rurales.

9.° Crear clubs para niños, uno por barrio, en donde por una modestísima cuota mensual puedan los niños encontrar un lugar de recreo, de instrucción y en donde, a cargo de pedagogos, puedan ilustrarse, con juegos y entretenimientos, de la vida de los animales y de las plantas, y de oficios y artes útiles. En ellos se darán funciones teatrales, sesiones de cinematógrafo y otros espectáculos. Servirán para retirar durante unas horas de la vida del arroyo a tanto niño que hoy tan fácilmente se malogra.

10. Repartir en las escuelas públicas carteles llamativos y gráficos, poniendo de relieve los estragos de ciertas enfermedades, plagas y vicios sociales y medios de prevenirlos, y material pedagógico de educación sanitaria y sexual.

11. Establecer el seguro de enseñanza por el que, me-

© Biblioteca Nacional de España

diante una cuota, los padres de familia, o familiares, podrán asegurar la instrucción de sus hijos, bien para una carrera, oficio o arte.

Algunos otros, accidentales y puramente formularios, son los restantes fines que persigue esta institución. Probablemente, como sucede casi siempre en España, habrá muy buenos propósitos; pero serán escasos los resultados. Sin embargo, aparte el distinguir el loable empeño que ha guiado al Patronato de este Instituto — Recaséns, Ramón y Cajal, Francos Rodríguez, Suñer, Marañón, Palanca, Retortillo, Zulueta, Juarros, Coca, Pierna y Pando Baura —, es interesante hacer constar el interés que han despertado estos problemas cuando con carácter nacional son estudiados y se les proponen soluciones como las expuestas, muy aptas para resolver interinamente el gravísimo problema que hoy se les presenta a los que conozcan demasiado tarde la inmediata necesidad de haber limitado su descendencia. Es interesante, sobre todo, el destacar el párrafo segundo del primer fin: «Editar publicaciones sobre la herencia e higiene de la raza», y que es una consagración de esas breves indicaciones que aquí hemos hecho sobre este importantísimo asunto de tanta trascendencia en la vida futura, y el séptimo: «Organizar Congresos eugénicos», prueba de la actual e imperiosa necesidad que se siente de tratar estos problemas.

La trascendencia de la educación sexual

Hasta aquí, la educación sexual ha estado por completo abandonada en manos de los padres ignorantes y de los maestros incompetentes, pero imbuídos por una falsa religión, y particularmente en manos de los curas. No olvidemos que hay muchos internados donde los niños de familias pudientes pasan los años en que despiertan con la pubertad sus instintos sexuales; que hay asilos, hospicios y colegios para los pobres; que hay curas tras el confesonario

© Biblioteca Nacional de España

a los que acuden los hijos de esas madres harapientas que los llevan «a la doctrina» por el afán de obtener por Navidades una manta insuficiente, unos calzoncillos o unos pañuelos. Y al igual que nosotros hoy no aceptaríamos una opinión sobre problemas químicos de quien jamás hubiese estudiado ni remotamente estas cuestiones, menos podemos aceptar las enseñanzas de los curas católicos, casi únicos a los que se recurre para esta labor de orientación. Una persona de una mentalidad despejada no puede menos de reconocer la completa incompetencia de los tales señores para opinar en el asunto, a menos de haber violado francamente sus votos de castidad.

Quiero, por consiguiente, como remate de estas conclusiones, reproducir aquí unas magníficas frases de un excelente crítico sociológico inglés, Harry Elmers Barner, que ha tratado de estos problemas en un reciente libro: *El sexo en la educación*:

«El campo sexual es considerado generalmente como aquel al que no debemos acercarnos de un modo científico. Es considerado, de manera extraña e injustificada, como el terreno que Dios se reserva para su control exclusivo y su escrutinio personal. Como dice el cardenal Hayes, "los niños vienen llovidos del cielo", y cualquier intento que se haga a fin de introducir la humana sabiduría en ese campo del monopolio divino es mirado al mismo tiempo como un pecado y como un crimen. Piénsase que debe mantenerse en él un aire general de misterio y que el conocimiento de que nosotros hablamos debe buscarse en las Sagradas Escrituras. Pero pocos teólogos se han detenido a explicar por qué esa fase particular de la humana conducta ofrece un aspecto más deplorable que ninguna otra, no obstante hallarse bajo el control único y directo de Dios.

No hay contraste más revelador y sorprendente en todo el amplio campo de las incongruencias de nuestra civilización moderna que la actitud del hombre con respecto a la ciencia y a la tecnología, de una parte, y la conducta sexual, de otra. En el diseño o manufactura de un Packard (marca

© Biblioteca Nacional de España

de un automóvil de los más perfectos y complicados) exigimos la mayor precisión científica y tecnológica; pero cuando se trata de determinar la conducta propia y adecuada que haya de observar el ocupante del auto, nos remiten a las ideas de un pueblo bárbaro que se suponen codificadas por Moisés. En otras palabras: nos remitimos a la cultura del asno y el buey tirando de la carreta en demanda de luz y guía para nuestra conducta en la época de los automóviles.»

Cruel paradoja, pero veraz en todas sus partes. Grabémosla bien en nuestra conciencia y que ella nos valga para apreciar la necesidad de la educación sexual, pero también la trascendencia que ella tiene y la necesidad en que estamos de no entregarla en manos incompetentes y absurdas, sino en conciencias abnegadas y capaces dedicadas de por vida a esta sublime labor de orientar a la Humanidad.

© Biblioteca Nacional de España

APENDICE

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

APÉNDICE

La consagración popular

Por lo revelador del creciente estado de opinión que en España se está fraguando en este sentido anticoncepcionista, incluímos también aquí unos curiosos párrafos de *La Libertad*, en su sección «La prensa», y eso cuando aún subsistía la primera dictadura y, por consiguiente, la censura directa. Es más de tener en cuenta que esta sección la mantenía *La Libertad* en aquellos momentos en que se estaba discutiendo la Constitución, si tal nombre merece, que había «gestado» el Sr. Primo de Rivera, gracias a la entusiástica ayuda del «hombre nuevo» D. Juan de la Cierva, y en ella incluía las notas más salientes de otros periódicos en defensa o en contra del anteproyecto citado. Por otro lado, en ésta se consagraba por parte del Poder público una decidida protección a las medidas de aumento de la natalidad, lo que motivó algunas protestas, muy lógicas y justas, ante el sentir de que lo que se pretendía con ello era agravar la situación actual, ya gravísima, del proletariado ante el problema familiar.

Pues bien, decía así *La Libertad*:

«*El Debate* escribe a propósito del anticoncepcionismo: "Quede sentado que, conforme a la moral católica, las prácticas anticoncepcionistas son criminales, y conforme a la ley vigente en España, un delito castigado en el artículo 617 del Código penal." ¿Qué es más criminal, preguntaríamos a *El Debate*, evitar la prole numerosa, o dar carne a los hospi-

© Biblioteca Nacional de España

cios y hospitales? Resulta curioso que los que atacan el anticoncepcionismo son precisamente aquellos sectores sociales que se dedican a explotar esa consecuencia social que se desprende de la familia pobre y numerosa. Más humano y más generoso que traer diez hijos al mundo para que sufran necesidades, es tener uno solo y ponerlo en condiciones de luchar con la vida. Mientras no se llegue a un estado social de equidad, del que estamos muy lejos, desgraciadamente, es natural que el hombre busque el modo de resolver el problema que para él supone cargarse de familia. Esto aparte, se ha demostrado científicamente que las familias numerosas dan un porcentaje de morbilidad y mortalidad mucho mayor que las familias reducidas, teniendo en cuenta, claro está, las relatividades del caso.»

Esta tesis, la misma que nosotros hemos defendido (véase nuestro librito *La limitación de la prole*), queda asimismo probada en este trabajo. Dada la complejísima educación sexual que es preciso dar a cada niño para que llegue a ser un ciudadano en vías de perfección, aspiración mínima de todo padre; dado el esfuerzo que habrá de representar para éste, que tendrá que convertirse en psicólogo, pedagogo, médico, etc., resulta, aparte los móviles económicos, de una verdadera inconsciencia que los padres tengan una familia sin capacidad de dotarles a todos de esta educación, indispensable desde su primera infancia; sin capacidad de darles un oficio o una profesión intelectual, que no es dársela el estar preocupados y pensando cuándo cumplirá el niño catorce años para que pueda ingresar como aprendiz y ganar una peseta, sino procurarle los conocimientos técnicos adecuados para que al conocer el oficio sepa también cómo ejercerlo, no convirtiéndose en un autómata — triste situación de muchos obreros, aun en la actualidad, y que les hace aborrecer el trabajo —, sino hacerlo inteligentemente, hallando en él aplicación a sus actividades y procurando que sepa el precio de su rendimiento y que, graduándose a sí propio, sepa también no otorgar al patrono — injusto porque no quiere comprender el verdadero valor del esfuerzo

© Biblioteca Nacional de España

obrero — más de lo que sabe que es justo dar por el salario que reciba.

La técnica de los oficios, la técnica de una profesión intelectual, no se aprende ejercitándola mecánicamente y con el afán de sacarle ya fruto desde el primer día; de este modo sólo se mata en el niño el verdadero afán de hallar solaz en el trabajo, y sólo busca en él la remuneración con que atender al sostenimiento y a las necesidades de la familia, que él percibe mejor por ser cada vez mayor y estar, por consiguiente, más en condiciones de sentir.

Por razones de índole material, pues, porque la mujer se debilita y depaupera su organismo; por razones de índole económica, porque le es imposible atender a su subsistencia por motivos psicológicos de mejor y más completa educación, sacrificándose siempre en beneficio de los nuevos seres que vengan a la lucha, debemos aceptar esta tesis que, mantenida por *La Libertad*, revela cómo se va extendiendo este estado de opinión en ondas sucesivas que van llamando a todas las clases sociales.

Que sea la vuestra la que primero y más conscientemente responda es a lo que yo aspiro con estos folletos.

"El ángel de Sodoma"

Es esta novela de Hernández Catá, el exquisito y a un tiempo sobrio cuentista de nuestra era, un transporte de las doctrinas técnicas a la realidad, aunque desvirtuadas por la novela. Las más modernas doctrinas, la novísima concepción del homosexualismo virgen, de degeneración interna, se presentan en la amable prosa de una de nuestras primeras figuras literarias como sugestiones, que no sólo ofrecen atractivos para el lector ansioso de distraerse y de hallar inquietudes, sino también para el médico, para el abogado, porque, presentando la vida al desnudo, ofrece el caso clínico, analizándolo, dividiéndolo, con la fría e impasible mirada del novelista psicólogo que penetra hasta los más obscu-

© Biblioteca Nacional de España

ros repliegues del espíritu para ofrecernos el material ya trabajado y pulido.

Veamos el argumento: José María Vélez Gomara es primogénito de una familia de recia estirpe y magníficos blasones. La madre, mujercita menuda y frágil, pero de una actividad insospechada, muere, dejando la casa sin guía y sin amparo. El padre, de cuerpo cuyas proporciones son gigantescas, busca premeditada muerte para que cobren sus hijos la póliza del seguro, que les devuelve de este modo su porvenir económico.

Una atmósfera de respeto, en la que intervenía toda la ciudad, se formó junto a los huérfanos. Son éstos el primogénito José María, dos hermanas, Amparo e Isabel Luisa, y otro hermano, Jaime.

El mayorcito, siempre en compañía de sus hermanas, había gustado de sus juegos femeninos, convirtiéndose a la muerte de su madre en «madrecita» abnegada. Telas finas, menesteres caseros, costuras y bordados eran la señal de sus degeneradas predilecciones. Todo lo ignoraba el muchacho, y su vida continuaba tranquila. ¡Qué circunstancia habría de provocar en su alma el despertar!... Un incidente trivial, una representación de circo, le hizo ver el cuerpo hercúleo del atleta masculino, cubierto tan sólo por las finas y coloreadas mallas. Ya de noche, en la soledad de su alcoba, con Jaime, José María se incorporó, y a la luna del armario vió con ira, cual si se tratara de un personaje desconocido hasta entonces, su faz y su tórax. La piel impúber, las formas túrgidas completaban la imagen ya anticipada por el pensamiento. Un halo ambiguo de carnes y de formas indecisas entre los dos sexos diferenciaba su torso del velludo de Jaime. Equívoca dejadez afinaba las facciones: la boca participaba en algo de la de las hermanas; en las violetas de las ojeras el verde de los ojos tenía un rayo anormal triste. Y por esa tristeza el odio se fué trocando poco a poco en lástima. Hubiera querido desdoblarse, volver sobre el resto de su pobre sér lo mejor que tenía para acariciarse y consolarse. Pero no. Esa ansia de consuelo y caricia era feminidad también... José María, acometido de una debilidad intensa, sintiéndose com-

© Biblioteca Nacional de España

pleto en las dos mitades sexuales que cobijaban sus dos nombres, ocultó la cabeza debajo de las almohadas y se puso a sollozar sin ruido. No lloraba por él, sino por sus antepasados, por los hermanos, por los hijos que ellos pudieran tener, a los cuales iba a legarles un nombre sucio. Su llanto era ese llanto «silencioso, casi subterráneo, de las madres». Firme, sin embargo, la voluntad de José María, se hizo la promesa formal de triunfar de su desviación y reemplazó las finas camisas interiores por burdos lienzos, se impuso rudas sesiones de gimnasia, baños de sol que le curtiesen, aprendió a fumar y quiso tener novia... Pero cada intento traía un nuevo fracaso.

Por fin, casaron las hermanas. Jaime navegaba por mares remotos. José María, empleado en calidad de jefe en una casa comercial, marchó a París, solicitando un largo permiso. Dejaba tras sí la ciudad celosa de su nobleza, y en Francia se disponía a saciar sus instintos aún vírgenes. Pero cuando llegó al portal de un albergue galante, le esperaba una misiva. La lectura mató la flor de sus ideas. Le escribía un cuñado con noticias de negocios y recomendaciones de conducta. Era cual si la ciudad le hubiese apercibido desde lejos con la amonestación trémula de una madre. Vínosele a la mente el suicidio enmascarado de su padre. El tren metropolitano salía entonces del túnel. Se inclinó..., y «un largo estrépito de hierros y de gritos pasó sobre su carne virgen e impura».

"Sortilegio", de Martínez Sierra

La ideología que Hernández Catá llevó a la novela aprovechando el grato vehículo para medio de divulgación y de propaganda científica, ha hallado una nueva reproducción en el teatro. Esta vez ha sido el fino artista de la pluma Gregorio Martínez Sierra quien ha concretado en su prosa dulce y melodiosa, pero a un tiempo dotada de una infinita e inevitable tragedia, la extraña existencia del sér impotente, del sér incapaz de someterse a curación, no por culpa suya, sino por degeneración paterna. Es el de esta obra ese grito

© Biblioteca Nacional de España

punzante, doloroso, que probablemente el hijo así maltrecho no pronuncia jamás, pero que permanece oculto en su subconsciente. Es el grito de reclamación contra esos padres que no han vacilado por un momento de placer en traer al mundo una criatura condenada durante toda su existencia a una vida de martirios y de agonías.

En *Sortilegio*, Martínez Sierra, al repetir el problema planteado en *El ángel de Sodoma*, le ha dado un matiz propio. No ha mantenido a su protagonista, allí José María, aquí Augusto, en la pureza del personaje de Catá: le ha proporcionado repetidas claudicaciones de su instinto y de su dignidad. Augusto accede a casarse con la hija del antiguo socio de su padre, a sabiendas de que no podrá desearla nunca; lo hace porque está arruinado, porque su madre se lo pide y porque la muchacha, enamorada de él, lo solicita por último. El casamiento plantea el problema que el marido resuelve suicidándose tras confesar su cobardía social y la torpeza de sus inclinaciones, imposibles de ser dominadas. Augusto, antes de dar este paso final, quiere aún continuar la inútil lucha por rehabilitarse, pero no lo consigue. Una fuerza superior, la fuerza de su instinto desviado, de su sexo mal educado y de herencias patológicas en las que él para nada ha intervenido, le hace abandonar París para realizar sus viajes en compañía de sus amigos, exhibiéndose con ellos en cabarets equívocos y permaneciendo ligado a un sujeto de «tal calidad moral — dice José Venegas, crítico de Buenos Aires, donde fué estrenada la obra de D. Gregorio —, que va al hotel, cuando Augusto ha salido, a conocer a la esposa, impulsado por una irónica rivalidad íntima».

El tema audaz, planteado por Martínez Sierra, es tocado con delicadeza, con finura, pero con inusitado realismo. La literatura ha dirigido por esta vez sus focos hacia estos nuevos y candentes problemas sexuales, y abre en ellos una brecha honda, como ya lo ha hecho en tantas ocasiones — prostitución, alcoholismo, matonería, donjuanismo —, por la que el investigador y el psicólogo ven, aparte la natural «salsa» literaria, la fotografía de un ambiente, de un mundo en el que los «desviados» no son protagonistas ni ejes de la

© Biblioteca Nacional de España

comedia o de la novela, sino simples «marionettas» obedientes a las órdenes de un instinto ciego y que no tienen el valor ni aun de reprochar sus amarguras y tragedias a sus propios progenitores.

En la literatura veremos cómo todos los temas que habremos de tratar en los trabajos de esta colección son, sin embargo, estudiados, comprendidos, si no a fondo, sí con certera visión inicial, por novelistas y autores dramáticos. En esto le corresponde la primacía a España, que ha sabido en estas dos obras, al reproducir los hechos, dotarles de una cierta labor de crítica que es al propio tiempo educativa, esto es, constructiva.

En otros problemas, la literatura polaca, y particularmente la francesa, han sabido plantearlos más acertadamente. *Etianne, La mujer de hoy, He ahí tu señor* y otras, cuyos argumentos irán siendo expuestos en los folletos sucesivos, irán revelando también cómo las lacras, los hechos sociales, van pasando del mundo de la realidad a este otro de hechos ficticios — si se nos permite esta paradoja — que es la literatura o el teatro.

La farándula empieza a servir hoy para educar. Suprema labor educativa que, adelantándose al tiempo y al medio en que se desenvuelve, sabe, señalando las rutas del futuro, infiltrar en la mente del espectador, por muy frívolo y desaprensivo que sea, una leve inquietud ante la magnitud del problema que ha visto abordado, máxime cuando se hace con la fina ironía y el dulce y familiar reproche con que nos lo presenta el maestro Martínez Sierra.

"La sombra de Malthus", de Ortiz de Pinedo

Por lo bellos, por lo emotivos, por lo completos, quiero trancribiros, casi sin comentarios, unos párrafos de un ensayo en forma dialogada, de que es autor el Sr. Ortiz de Pinedo.

Veamos algunos:

«BUSTAMANTE. — El pobre tiene derecho a los hijos.

© Biblioteca Nacional de España

TÉLLEZ. — Sin duda. A lo que no tiene derecho es a engendrar hijos desgraciados. ¿Quiere usted decirme qué falta hace en el mundo tanta criatura depauperada y hambrienta? Ante el espectáculo de estos seres creo hallarme en presencia de un crimen a un tiempo parricida y social. Y pienso dolorosamente: ¿Qué ceguera del instinto los trajo a la vida? La miseria irremediable, la voz de los hijos que piden pan, un pan que el padre no puede darles; la criatura que amamantan unos pechos exhaustos; el pordioserillo descalzo, precozmente avezado a todos los rigores, son lacerias que indignan, que encrespan, que hacen clamar contra esa bárbara injusticia padecida por los pequeñuelos. Y no es eso sólo. El pan de los hijos supone muchas veces el sacrificio de los padres, la anemia de todos: no comen los padres para que los hijos coman, y de ahí la enfermedad, la tuberculosis, el hospital, la muerte, los hijos desamparados. No, no, amigo mío; yo voto con Malthus. La vida, el dolor y el ahorrárselo a los hijos es más que una piedad: es un deber.

BUSTAMANTE. — Y así será siempre. Tiene que ser y será. El pobre seguirá engendrando hijos infelices; así lo reclaman su instinto, su amor a la vida. No piensa al engendrarlos que mañana estarán hambrientos. No es posible tampoco negarle su derecho a la paternidad, a la maternidad, que es un dolor; pero que es un goce y es, sobre todo, una ilusión y una esperanza. Recuerde usted al poeta:

Son los hijos del hombre que alegran la vida.

El partidario de la no limitación tiene que recurrir a estos argumentos literarios para fundar su tesis. Ha ido cediendo en el diálogo una a una sus posiciones, y ahora recurre a este tópico. Veamos cómo, dentro del terreno literario, con admirable sentimiento, pero con exquisita corrección, le responde

«TÉLLEZ. — Los que pueden alegrarla son los que canta el poeta: los niños felices, los niños sin hambre y sin lacras, los que son como un adorno en el festín del mundo,

© Biblioteca Nacional de España

los que no estorban nunca, los que no complican la existencia de los padres, los que apenas si suponen sacrificio. Los otros, en cambio, lejos de embellecer la vida, la entenebrecen, le hacen gustar su sabor más amargo, la impulsan a la claudicación, al robo, al crimen. Mucho tienen que perdonarles los hijos a los padres, y antes que nada el haberlos traído al mundo.»

Es un canto al optimismo de los hijos sanos, de los hijos que se sabe que se pueden mantener, que se pueden educar, frente al pesimismo, a la tragedia de esos otros hijos enfermos y débiles, que son sólo lastre en la vida de los padres, lastre inconsciente, pero causa tantas veces de crímenes y de delitos. Frente al cuadro trágico, desolador, que Téllez, siguiendo el espíritu moderno, amplio y generoso de Ortiz de Pinedo, expresa, veamos este párrafo, magnífico broche de oro con que se cierra el ensayo, párrafo literario y sentido, párrafo de profunda tesis doctrinal dentro de su aparente sencillez. No le añadamos una palabra más. Pero reflexionemos sobre estas frases:

«TÉLLEZ. — No creo, como usted, que estemos condenados a invariables miserias. El hombre del futuro, de muchas edades venideras, con mayor conciencia que hoy de su responsabilidad, procederá de manera muy distinta. Engendrar hijos escrofulosos, degenerados, legarles lacras y virus, constituirá un delito ante la ley; engendrarlos sin limitación en la pobreza, lo constituirá ante la conciencia. Y no será, no. La sombra de Malthus pesará sobre muchas frentes viriles y se cernirá, piadosa, humanitaria, supremamente misericordiosa, sobre las cunas invisibles de tantas criaturas increadas...»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

1001332060

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España